

Col·lecció «Humanitats»
e-Humanitats, 2

EL ANÁLISIS DE LA IMAGEN FOTOGRAFICA

RAFAEL LÓPEZ LITA
JAVIER MARZAL FELICI
FCO. JAVIER GÓMEZ TARÍN
(EDITORES)



LA FOTOGRAFÍA A VUELTAS CON EL PODER: LAS IMÁGENES DE LA PRISIÓN DE ABU-GRAHIB

ROBERTO ARNAU ROSELLÓ

Universitat Jaume I, Castellón

La esperanza... es una disposición interna, un intenso estar listo para actuar.
Erich Fromm

Este texto nace de la indignación y, a la vez, de la esperanza, del estupor y parcial desaliento por observar cómo ciertas estrategias del poder perpetúan un *statu quo* que promueve la guerra, el enfrentamiento, la discriminación, la anestesia social y la violencia. La esperanza es un estado del que partimos -quizás algo ingenuos en este estado actual de desinformación generalizada por sobresaturación de lo espúreo- en la reflexión sobre estas imágenes, con nuestra atención puesta en que pudieran suponer un primer paso hacia algún tipo de cambio de sensibilidad tanto en su recepción, como en su producción y su difusión. Una verdadera ética de la imagen se nos hace más urgente que nunca.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE FOTOGRAFÍA Y PODER

El contexto que envuelve el escenario comunicativo internacional hoy en día no es nada alentador. Es un hecho aceptado por filósofos y sociólogos de la comunicación el añejo y siniestro pacto entre imagen y poder, en palabras de Georges Balandier (1994:18): «Todo poder existe y se conserva por la transposición, por la producción de imágenes, por la manipulación de símbolos y su ordenamiento en un cuadro ceremonial». Esta afirmación, sumada a algunas brechas en el seno del contexto socio-político mundial de este momento, nos inducen a reflexionar de un modo aún más preciso sobre la estrecha relación entre la

representación del poder y la imagen. En este caso sobre las fotografías que muestran las torturas inflingidas por los servicios secretos de EE UU a presos iraquíes en la prisión de Abu-Grahib durante la invasión de Irak por fuerzas multinacionales de la OTAN en 2003, y que han supuesto una conmoción para buena parte de la sociedad occidental. El impacto que causaron estas fotos nos revela, de entrada, la presencia de una doble moral en la sociedad occidental (tanto en la difusión como en la recepción de estas imágenes) que quizás olvida o pasa por alto que este tipo de vejaciones son consustanciales a cualquier guerra. Pese a la crueldad que nos muestran, nuestra conmoción supone obviar los métodos perversos utilizados en innumerables ocasiones durante los conflictos bélicos, porque no hacen falta imágenes para indignarse por la guerra y los efectos que produce en las personas.

Considerando la «capacidad de la fotografía para determinar lo que recordamos de los acontecimientos» (Sontag, 2004), y a pesar de la gran cantidad de fotos que han tomado de esta guerra los fotógrafos, a buen seguro estas imágenes pasarán a formar parte de la memoria colectiva y serán el recuerdo que tenga la gente de esta guerra de Irak. Las cámaras digitales serán al Gobierno de Bush lo que las grabadoras de cinta magnética fueron para Nixon. En los medios de comunicación la difusión de estas fotos ha causado controversias sin precedentes, la indecencia de los difusores les hace cómplices de la estrategia del lenguaje del poder: «establecer una comunicación calculada, tendente a producir efectos precisos y que sólo desvela una parte de la realidad, puesto que el poder debe su existencia a que se ha apropiado de la información requerible para ejercer un dominio» (Balandier, 1994: 29).

La comunicación del poder se establece a través de la imagen, la producción de noticias, y su inserción en un discurso –el del periodismo– en crisis. La fotografía en particular vive un momento especialmente delicado. El desarrollo de las tecnologías digitales en estas dos últimas décadas ha propiciado un desfallecimiento precipitado del valor indicial de la fotografía, ontológicamente innato a este medio, que muestra algo –más allá de la distinción entre verdadero o falso– que efectivamente estuvo delante del objetivo en el momento de tomar la instantánea.

Pero también la fotografía transfiere su credibilidad al texto que acompaña y refuerza el discurso que promueven los intereses de los grupos multinacionales de prensa. Así, en esta lexicalización de la imagen, ésta «se ve desprovista de los mecanismos comunicativos que la caracterizan» (Baeza, 1990: 76), o, en todo caso, son utilizados en función del discurso verbal en que se insertan. La dependencia que tiene la ideología de las imágenes y lo imaginario, definido como ese territorio psíquico de imágenes significativas en torno a las que se forma nuestra identidad, hacen de la imagen «una categoría central de interés ideológico» (Nichols, 1999: 33). Las ideologías ofrecen representaciones en forma de imágenes, conceptos, mapas cognitivos, etc. con objeto de proponer marcos a nuestra experiencia.

Las imágenes están en el núcleo de nuestra construcción como sujetos y quizás por esta causa se impugnan como elementos imprecisos, poco científicos e inmanejables que requieren subordinación y control. La fotografía, pues, es una de las partes esenciales «de las formaciones discursivas, los juegos sintácticos y las estratagemas retóricas a través de los que placer y poder, ideologías y utopías, sujetos y subjetividades reciben representación tangible» (Nichols, 1999: 40). Por todo ello, nuestra posición se basa en la concepción de la fotografía como un medio de dotar de «realidad» a asuntos que los privilegiados preferirían ignorar. En la línea de la magnífica escritora Susan Sontag, nos reconocemos en el sentimiento de que en este tipo de fotografías «la imaginaria proximidad del sufrimiento inflingido a los demás que nos proporcionan insinúa que hay un vínculo del todo falso entre quienes sufren remotamente y el espectador privilegiado, lo cual es una más de las mistificaciones de nuestras verdaderas relaciones con el poder» (Sontag, 2003: 94). Nuestra esperanza inicial, pues, está depositada en que la reflexión sobre este tipo de imágenes sea el primer estímulo para una reflexión más profunda sobre cómo nuestros privilegios de espectadores están ubicados en el mismo mapa que los sufrimientos que se nos muestran.

MISERABLES IMÁGENES DE ABU-GRAHIB

En cuanto a las fotografías que nos ocupan y su difusión internacional, se nos plantean interrogantes y paradojas. La versión oficial se ha ido desmoronando mientras los informes y procesos se suceden sin que podamos calcular –aunque podamos imaginar– hasta dónde y sobre todo hasta quién van a llegar a afectar las consecuencias de este escándalo. Todo comienza tras el 11 de septiembre de 2001, cuando el presidente de los EE UU, George W. Bush (considerado por un amplio sector de la población como ilegítimo por el demostrado fraude durante el recuento de los votos de las últimas elecciones presidenciales en el Estado de Florida) afirma: «No me importa lo que digan los abogados internacionales, vamos a machacarlos». Con estas declaraciones se sientan las bases de una futura política del «conmigo o contra mí» que va a marcar las relaciones internacionales del principio de milenio. La nueva modalidad de «guerra permanente» ha sido declarada sin tapujos al terrorismo, los detenidos en Irak tras la invasión en 2003 son considerados terroristas sin los más mínimos derechos fundamentales en lo que es el caldo de cultivo perfecto para la proliferación de las crueldades por parte de las fuerzas de la coalición.

En este clima, se desarrollan los interrogatorios a los presos de la prisión de Abu-Grahib. Las fotografías que se han difundido en los *media* nos muestran escenas obscenas de tortura a presos iraquíes por parte de los soldados de EE UU, que no vamos a incluir en esta comunicación por respeto a las víctimas. Estas imágenes se consideraron lo suficientemente vejatorias como para ser objeto de un debate en el congreso de EE UU que decidía sobre la difusión u ocultamiento de las mismas, hasta que las presiones de diferentes sectores forzaron su publicación. La primera defensa de los responsables políticos y de los medios de comunicación institucionales consistía en evitar la palabra «tortura», porque si se admite que EE UU tortura se refutaría todo lo que el Gobierno de este país ha procurado que la gente crea sobre las virtuosas intenciones y la universalidad de sus valores (Sontag, 2004).

La situación se generó cuando el integrante de las fuerzas especiales del ejército de EE UU Joseph Darby, asignado a una compañía de la policía militar de la prisión, comunicó a sus superiores el 13 de enero que había fotos de abusos. Pero las reacciones e investigaciones se hicieron esperar algunos meses. La cadena de televisión CBS levantó la liebre en su programa *60 Minutos* el 28 de abril, pero las fotos aparecieron en el semanario *The New Yorker*, generando indignación mundial y colocando a su Gobierno bajo una inmensa presión política, ética y moral. Apenas publicadas las fotos, tomadas probablemente entre octubre y noviembre de 2003, el Gobierno estadounidense habló de responsabilidades individuales que nada tenían que ver con supuestas instrucciones expresas del alto mando militar. El presidente Bush debió disculparse públicamente. Sin embargo, según descripción de varias organizaciones defensoras de los derechos humanos, tales torturas eran sistemáticas y muy extendidas. En efecto, se ha podido llegar a creer y reflexionar sobre el nuevo comportamiento de los soldados que sacan fotos de sus propias crueldades porque no ven nada reprochable en ese tipo de conductas cuando creen que tratan con «terroristas», es decir, sus agresores, seres que no merecen el más mínimo derecho; pero diversas investigaciones demuestran que estas acciones no eran producto de la perversa espontaneidad de unos cuantos soldados violentos. Había informes de torturas, pero hasta que no han aparecido las fotos, aquéllas no han sido reales para el Gobierno Bush.

Algunos prisioneros liberados han narrado varias historias sobre las vejaciones y torturas de las que han sido objeto. El doctor Motanna Azawbai, profesor universitario de 34 años, sostiene que lo que ha sido difundido por las televisiones no es más que una parte de la verdad y cuenta que cuando fue detenido se le metió en una zanja durante tres días bajo el frío y con los ojos vendados. Añade que los soldados le ofrecían a él y al resto de los detenidos comida en mal estado, les desnudaban y les obligaban a hacer sus necesidades unos delante de otros. Otras historias parecidas han sido relatadas por otros ex detenidos. Ahmed Mohamed, de 27 años, cuenta que los soldados (estadounidenses) le ataron las manos, le taparon la cabeza con una bolsa y le obligaron a man-

tenerse de pie durante cuatro días seguidos, sin permitirle dormir ni sentarse ni hacer sus necesidades. El día de la Fiesta del Cordero los presos se manifestaron en el interior de la cárcel, lo que llevó a los soldados a disparar contra ellos provocando la muerte de seis encarcelados e hiriendo a decenas. Ahmed recibió dos balas; una en un hombro y otra en la cadera. El día 10 de abril, al ser puesto en libertad, se dirigió a la Administración penitenciaria a reclamar sus pertenencias (cuatro millones de dinares, joyas y dos coches), que le fueron requisadas por los soldados. La respuesta de la Administración fue la siguiente: «se lo han quedado los soldados que te arrestaron». Sahib Albaz, operador de cámara de la TV saudí Al-Jazeera en Bagdad, fue detenido en el mes del Ramadán a raíz de unas grabaciones que realizó sobre los acontecimientos de [la ciudad de] Samarra y fue puesto en libertad después de pasar 75 días detenido en la prisión de Abu Ghraib. Sahib cuenta que cuando supieron que trabajaba para *al-Jazeera* le dijeron: «... entonces, eres de *al-Jazeera*, el canal que apoya y fomenta el terrorismo». Relata que los soldados le ataron las manos y le taparon la cabeza, como hacen con todos los detenidos, se lo llevaron a la prisión de Abu-Ghraib donde le obligaron a permanecer de pie continuamente durante tres días, agrediéndole de vez en cuando. No hubo cargo alguno contra él y no le interrogaron, pero (los soldados estadounidenses) solían cogerle a él o a cualquier otro detenido y desnudarle delante de sus compañeros y de las mujeres soldado estadounidenses. En algunas ocasiones les ponían ropa interior femenina y les grababan en medio de las carcajadas de los soldados.

MANZANAS PODRIDAS Y ARMAS DE DESTRUCCIÓN MASIVA

La versión oficial dice que los torturadores eran «unas cuantas manzanas podridas», pero un informe del Pentágono revela que las vejaciones a los prisioneros se realizaban no sólo con la anuencia, sino por orden de los más altos mandos estadounidenses. El general John Abizahid,

jefe del Comando Central de las tropas estadounidenses en la región del Golfo, declaró en las audiencias de la Comisión de Defensa del Senado en Washington, convocada de urgencia para analizar la situación, que desde finales de 2002 el ejército de los Estados Unidos investigaba más de setenta casos de abusos de presos en Irak y Afganistán. Tanto él como el general Ricardo Sánchez, comandante militar en Irak, negaron haber aprobado procedimientos de interrogación violentos, violatorios de la Convención de Ginebra.

Otro informe clasificado del Pentágono, que provee argumentos legales aparentemente destinados a justificar los abusos y la tortura contra los detenidos en Irak, parece socavar las aseveraciones de altos funcionarios estadounidenses, incluyendo al presidente George W. Bush, de que los militares nunca echarían mano de tales prácticas en la «guerra contra el terrorismo». Breves extractos del informe, redactado por abogados del Departamento de Defensa, fueron publicados en *The Wall Street Journal*. El texto asegura, entre otras cosas, que el Presidente, en su papel de comandante en jefe, tiene un poder prácticamente ilimitado para librar una guerra, aun violando las leyes estadounidenses y los tratados internacionales. «La amplitud de la autoridad en este informe no tiene precedentes», dice Avi Cover, un destacado abogado del programa Ley y Seguridad Estadounidense, de Human Rights First. «Hasta la fecha, hemos usado la retórica de un presidente que está ‘por encima de la ley’, pero este documento hace que esa [aseveración] sea explícita; ya no es metáfora.» Aunque se desconoce si Bush vio o aprobó el informe, éste fue clasificado como «secreto» por el jefe del Pentágono, Donald Rumsfeld, el 6 de marzo de 2003, en vísperas de la invasión a Irak, según el diario. «En realidad, Rumsfeld lanzó una masiva operación de encubrimiento dentro del Departamento de Defensa», según Scott Horton, presidente de la Liga Internacional por los Derechos Humanos y experto en ley militar. «Las investigaciones en curso tienen el sello de un encubrimiento», dice. A Horton se le acercaron en abril de 2003 destacados abogados militares, preocupados por las políticas de detención e interrogación que se estaban desarrollando en el Pentágono. «La deducción lógica es que este informe [el tema de los artículos del

diario] los puso nerviosos», dice Horton. «Sabíamos que estaban muy molestos por algo que se parecía a esto.» El informe, según el diario, fue iniciado como resultado del fracaso de los interrogadores de la base de Guantánamo –donde miembros de Al-Qaeda y talibanes estaban detenidos– para obtener información usando técnicas convencionales. Fue redactado por un grupo de trabajo designado por William Haynes, del Pentágono, quien en junio pasado aseguró al Congreso que los militares podían cumplir cabalmente con la Convención contra la Tortura (CAT, por sus siglas en inglés) de la ONU.

Después de todo este recorrido, ya no nos cabe duda de que hubo torturas, pero la cuestión es si la tortura ha sido sistemática. Es decir, si (Sontag, 2004):

la naturaleza de las políticas que propugna este gobierno y la jerarquía desplegada a fin de consumarlas hace que estas acciones sean más que probables, por que de ser así, las fotos de Abu-Grahib seríamos nosotros (los EE UU y los que apoyaron la invasión de Irak), serían la representación de las corrupciones fundamentales de nuestros valores y del dominio colonial.

Los métodos para la obtención de información que practican los servicios de inteligencia de EE UU desde la década de los sesenta son siniestramente célebres. Los investigadores en el Congreso aseguran que la CIA (Agencia Central de Inteligencia), el FBI, la DIA (Agencia de Inteligencia de Defensa, dependiente del Pentágono) han participado en los interrogatorios. Esto dificulta la búsqueda de la verdad. Oficiales de inteligencia han reconocido que agentes de la CIA participaron en los interrogatorios de, al menos, 20 prisioneros, uno de los cuales murió. Para Alfred McCoy, un profesor de la Universidad de Wisconsin, los abusos y humillaciones que sufrieron los detenidos son exactamente iguales que los que figuran en un manual de la CIA redactado en 1983 para ser utilizado en Honduras. Las explicaciones del manual son claras: «El propósito es inducir la regresión psicológica en el sujeto a través de una fuerza exterior para doblegar su voluntad para resistir», indica. El documento denominado *Manual de entrenamiento para la explotación de los recur-*

sos humanos enseña cómo quebrar psicológicamente a los presos, y fue una de las herramientas utilizadas por los militares hondureños que en los ochenta torturaron y asesinaron a miles de supuestos subversivos. Electrocutar: éste es uno de los ejemplos de tortura enumerados en el texto de la CIA, que sostiene que es mejor amenazar con la electrocución que realizarla. «La amenaza de coerción generalmente debilita o destruye la resistencia con más efectividad que la coerción misma. Por ejemplo, la amenaza de infligir dolor puede causar un miedo más dañino que la sensación de dolor», especifica. «Si un sujeto rehúsa cooperar después de que la amenaza ha sido hecha, se debe aplicar [la electrocución]. De lo contrario, las siguientes amenazas resultarán ineficaces», agrega el mencionado manual de la Agencia Central de Inteligencia. Siguiendo los métodos de interrogación de la Agencia, el Pentágono designó en septiembre de 2002 al general Geoffrey Miller para entrenar a la Policía Militar en la prisión bagdadí de Abu-Ghraib para que «aflojen» a los prisioneros y que luego sean interrogados por la CIA, u otras agencias. «Estos métodos se han utilizado durante más de 50 años», según Alfred McCoy. Miller, que había estado a cargo de la base de Guantánamo, era el responsable del trato a los prisioneros que llegaban desde Afganistán. Según el informe del general Antonio Taguba, que hizo explotar el escándalo de las fotos de los soldados torturando a los prisioneros, Miller encontró fallos de organización y «métodos poco efectivos para obtener información». La tortura siempre ha sido consustancial a los imperios.

Hay ciertamente una investigación en curso, pero el hecho de que los mismos militares estén a cargo de ésta no garantiza la transparencia e imparcialidad que exige la gravedad de estos casos. Es necesario una investigación externa, competente e imparcial, que sea independiente y que sea percibida como independiente. Además, creemos que la investigación debe ser pública: se deben dar a conocer los resultados. Frente a la epidérmica y espectacularizada información de los *media*, las víctimas o sus familiares tienen derecho a ese tipo de investigación. Los iraquíes y el mundo tienen derecho a saber. Las fotos de la prisión de Abu-Grahib son apenas la punta del iceberg. Así que, después de todo, existía una especie de armas de destrucción masiva en Irak... eran las cámaras fo-

tográficas digitales. En parte gracias a ellas, EE UU confronta una de las más humillantes derrotas de la historia imperial contemporánea. Como nota irónica, desde hace pocos días se encuentra en los comercios iraquíes un CD con el inofensivo título *El Ejército Americano*, que contiene una colección de las fotos de las torturas en Abu-Ghraib. Ha sido un gran éxito comercial. Precio: medio dólar. Efecto: afianzar los prejuicios contra los Estados Unidos y alimentar el terrorismo y el odio hacia esa nación en Irak. Esto es lo que han propiciado.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA PROPAGANDA DE GUERRA

La historiadora belga Anne Morelli sistematizó en un breve libro titulado *Principios elementales de la propaganda de guerra* diez pasos clave que en todas las guerras (frías, calientes, tibias o de «liberación») se han aplicado en la publicidad bélica que busca, ante todo, controlar u orientar las emociones del gran público en favor de los intereses gubernamentales. El mismo día que el general de división Antonio Taguba presentaba un extenso y detallado informe sobre las torturas en Irak —poniendo el acento en «la falta de supervisión» y atribuyendo los hechos a la «conspiración de unos pocos militares y civiles»—, en un cbersitio árabe se difundió el escabroso video del degollamiento del civil estadounidense Nick Berg, desaparecido el 9 de abril. El video se considera una muestra de «venganza» del grupo afín a Al Qaeda que opera en Irak, comandado por el inasible y enigmático personaje Abu Musab al Zargawi. Las imágenes tomadas de Internet fueron difundidas por todas las cadenas televisivas occidentales y alcanzó las primeras planas de los periódicos más importantes. Los calificativos abundaron: «es una barbarie», es una «muestra demoníaca», de tal forma que justificaran en todo lo posible las «imprevisiones y los errores» de Abu-Ghraib. El video del degollamiento se difundió también el mismo día que se recrudecieron los enfrentamientos entre el ejército de Estados Unidos y las milicias del dirigente de la resistencia chiíta, Moqtada Sadr, en Najaf y Kerbala. Los

enfrentamientos ocuparon el segundo sitio en jerarquía informativa para la cobertura de noticiarios en BBC, CNN, ABC, CBS y, por supuesto, Fox News. «Inducir la sensación de triunfo bélico y contrarrestar las versiones del descontrol y del caos de la ocupación militar son ingredientes fundamentales en la propaganda bélica» (Morelli, 2001).

En Gran Bretaña, el director del periódico *Daily Mirror*, Piers Morgan, se vio forzado a renunciar el pasado viernes 14 de mayo, una vez que el Gobierno confirmara que la serie de fotografías publicadas hace 15 días por este medio son producto de un fotomontaje. Reconocido como un medio sensacionalista, proclive al invento y a la calumnia, *Daily Mirror* intoxicó y desacreditó previamente el debate público en Gran Bretaña. Sin embargo, otros periódicos como *The Financial Times*, *The Guardian* y *The Independent* e incluso la revista especializada *The Economist* han recordado al Gobierno de Blair que si bien volvió a librarse momentáneamente de este contencioso, no se ha salvado de la corresponsabilidad del desastre moral y político que se registra en Irak. El columnista Phillip Stephens apostilló su artículo en *The Financial Times* que «al ir a la guerra aceptando la responsabilidad, pero sin tener autoridad, Blair ha roto una de las reglas cardinales de la política», como en España el ex-presidente del gobierno Sr. Aznar. Si aplicamos las mismas reglas a nosotros, como hemos abogado en los tribunales internacionales en el caso de Yugoslavia [de que el liderazgo civil es responsable de crímenes de guerra cometidos por sus militares], entonces algunos líderes políticos están en muy serios problemas.

FOTOGRAFÍA Y ÉTICA DE LA IMAGEN

Como afirmaba Simone Weil en su espléndido libro *La Iliada o el poema de la fuerza*, «la violencia convierte en cosa a quien está sujeto a ella». Esta idea es la que nos ha guiado, como principio ético, durante la elaboración de este texto. Desde un profundo respeto a las víctimas, no se nos ocurre mostrar las imágenes de las torturas. Las personas que aparecen contrariamente a su voluntad tienen el más completo derecho a la

propia intimidad, no consideramos que, desde nuestros privilegios de espectadores, sean individuos que existan para ser mirados. Por eso no las hemos incluido y sí hemos incluido testimonios de varios detenidos. Ser espectador pasivo de calamidades que suceden en otro país es una experiencia propia de la posmodernidad. Cuanto más remoto es el lugar, más expuestos estamos a ver frontalmente el dolor y la muerte. Al encontrarnos con fotos de grandes crueldades deberíamos pensar en lo que implica mirarlas, en la capacidad efectiva que cada uno tiene de asimilar lo que muestran. Si no, como decía Georges Bataille, «el sufrimiento en las imágenes nos fortalece, nos insensibiliza» frente a la barbarie. Sin embargo, los medios de comunicación no han tenido ningún problema en lucrarse con la difusión masiva de estas fotos, al 50% publicadas en prensa y al 50% en Internet. Pero esa imagen mediática de una agonía, de una ruina, «es un atributo ineludible de nuestro conocimiento de la guerra mediado por una cámara» (Sontag, 2004). Incluso cuando las condiciones que permiten el ejercicio de la fotografía en un frente de guerra con otros propósitos distintos a los militares se han tornado poco a poco más estrictas (a medida que la guerra se ha convertido en una actividad desarrollada con aparatos de creciente precisión óptica para rastrear al enemigo), cuando hay una fotografía la guerra se vuelve «real». Es decir, causa una conmoción social —con el doble rasero moral que ello implica, como hemos visto— que, sometida a constantes repeticiones de esas mismas imágenes, termina por transformarse en pasiva indignación.

Por esta razón nuestra indignación inicial no es sinónimo de desesperanza, y nuestra esperanza no es una «creencia tras la que se esconde una idolatría del «futuro», la «historia» o la «posteridad» que comenzó con hombres como Robespierre en la Revolución Francesa» (Fromm, 1970: 19), una confianza ciega en el mito del progreso, sin esperar que ocurra nada en el ahora sino únicamente en el momento siguiente. En esta dieta de horrores que supone la vida moderna, la consideración de la realidad como espectáculo no puede superar las más elementales pruebas de un pensamiento dinámico, autocrítico y constructivo. El espectáculo se basa en la representación, en la puesta en escena de unos elementos con la intención —más o menos manifiesta— de crear una expectativas, o pro-

ducir unos efectos concretos en el espectador. Una realidad, como actualización de lo real a través de una mirada, difiere mucho de una re-presentación (la palabra lo dice todo) de esa misma realidad. Con estas premisas es suficiente para comprender porqué el punto de vista «provinciano» o etnocéntrico del espectador medio acomodado de occidente considera la realidad como un espectáculo, sencillamente él mismo es el consumidor de esa realidad embalsamada que se reviste del discurso de «lo Real». Así nuestra esperanza es una postura ética, de completa activación personal que, consciente de que la mayor presencia de este tipo de imágenes en los medios no implica necesariamente una mayor reflexión, la magnitud de la infamia que revelan las fotografías de los abusos en Abu-Grahib sea un acicate, una invitación a la reflexión, un buen primer paso para plantearnos, de una vez por todas, qué es lo que tenemos que cambiar –desde nuestra más absoluta complicidad con el poder– qué es lo que perpetuamos y no funciona. Con todo, la sola existencia de estas fotos pregona al mundo una pauta de conducta criminal que desafía y desprecia manifiestamente las más elementales convenciones humanitarias internacionales. Y se nos plantean quizás más preguntas que respuestas: ¿Es la difusión de las fotos de Abu-Grahib –reveladas ya como una puesta en escena de los servicios secretos de EE UU– parte de una estrategia mediática «en pruebas» puesta en marcha por el «eje del bien» en este recién inaugurado estado de guerra global y permanente contra el terrorismo? ¿Hasta dónde va llegar el mercadeo de la imagen en los *media*? ¿Hay límite? ¿Qué efectos está teniendo este uso perverso de la fotografía sobre la institución Fotografía? ¿Es posible una auténtica y aplicable deontología de la imagen?



Irak, 2003

BIBLIOGRAFÍA

- BAEZA, José (1990): *Por una función crítica de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gili.
- BALANDIER, Georges (1994): *El poder en escenas*, Barcelona, Paidós.
- FROMM, Erich (1970): *La revolución de la esperanza*, México D.F., FCE.
- MORELLI, Anne (2001): *Principios elementales de la propaganda de Guerra*, Bruselas, CEC.
- NICHOLS, Bill (1999): *La representación de la realidad*, Barcelona Paidós.
- SONTAG, Susan (2003): *Ante el dolor de los demás*, Madrid, Alfaguara.
- (2004): «*Las imágenes de la Infamia*», suplemento domingo del periódico *El País*, 30 de mayo.